

Libros chilenos

EL SOCIO. DE JENARO PRIETO

AUNQUE la explicación parezca innecesaria, conviene decir que Jenaro Prieto es un novelista de madurez. No ha comenzado, como sus colegas de género en Chile, en la adolescencia. No tiene, por tanto, obras de qué arrepentirse. Es cierto que inició joven la carrera del periodismo, pero no lo es menos que a la novela ha entrado promediada ya la treintena. Vivió primero. Es abogado; ha sido corredor de comercio. El periodismo lo ha puesto en contacto con miles de seres.

No es un periodista de los de impronta corriente. No pergeña la gacetilla o el comentario deslavazado de los hechos colidianos. Su labor es más personal, más suya. De su nombre ha cogido sólo una letra, la P, inicial de su apellido, y con ella firma comentarios sabrosísimos. Que estos comentarios tienen pasta duradera lo prueba su primer libro, *Pluma en ristre*. Es un volumen hecho de crónicas. Cualquiera creería que resulta por eso anacrónico, que sus alusiones no interesan, que los hechos comentados se pierden en la polvareda de los días y no tienen relieve suficiente para golpearnos de nuevo. Error. Los hechos posiblemente hayan perdido significación; es su destino. Los artículos de P no la han perdido. Ese también parece ser su destino.

Después de iniciación tan bullada—*Pluma en ristre* obtuvo un efectivo éxito de crítica y de circulación—, Jenaro Prieto se lanzó a la novela. Todavía recuerdo el temor con que cogí el ejemplar que el autor puso en mis manos. Instintivamente descon-

fiamos del periodista, los que lo conocemos de cerca, del periodista que abraza la literatura. Por lo común golpea en la herradura. Escribe sin elegancia y con soltura excesiva. No construye en forma aceptable. Los lugares comunes se agazapan entre los puntos de su pluma y manchan sus escritos. El periodismo es un corrosivo demasiado hondo. Literariamente hablando, es fatal.

Pero la novela primigenia de Prieto, *Un muerto de mal criterio*, con su título pirandelliano que obligaba a tanto, no defraudó a nadie. Por lo contrario: entusiasmó. Es cierto que en ella la pluma, acostumbrada a medir cierto número de carillas —el necesario para las columnas de la prensa—, limitaba los cuadros y daba al relato carácter un poco revisteril*. Pero en cambio, ¡cuántos dones privilegiados! *Un muerto de mal criterio* ha hecho reír a muchos miles de chilenos. ¿Es necesario decir por qué? Al cúmulo de observaciones humorísticas que esmaltan la obra hay que agregar la creación de la fantasía. Novela de ultratumba, en ella se mueven sombras de difuntos. Y no difuntos vulgares. La historia—todas las historias, la sagrada y la profana, la grande y la pequeña—se pone a beneficio del autor. ¡Cómo juega con ella! Ríe y nos hace reír. Pero no sólo la historia. La vida cotidiana, que también es historia por lo demás, le sirve asimismo para su objeto. Hay en las páginas de ese libro trozos de antología. La divagación de las hormigas, por ejemplo, es deliciosa. Más que deliciosa: inquietante. Jenaro Prieto no sólo hace reír, aunque la risa sea lo que primero suscita. ¡Cuántos de sus lectores se han encontrado en flagrante delito de pensamiento al cabo de una de sus páginas cuajadas de equívocos y de ironías! Esto sólo bastaría para crearle un silio aparte en la literatura nacional.

El segundo libro novelesco de Jenaro Prieto, *El socio*, tiene un valor extrínseco, que se nos permitirá analizar primeramente. Es el primer volumen editado por una Sociedad Chilena de Ediciones que han formado algunos escritores nacionales. Sobre

* De *revista*, palabra con que se designa cierto género de teatro industrial.

ella ya informó a los lectores de esta revista el señor don Alberto Romero*. Persigue ampliar la circulación del libro nacional y dar a los autores una mayor participación en las posibles ganancias de la venta. Laudables propósitos. Muchas tentativas se han hecho anteriormente en el mismo sentido. A todas ellas les han faltado diversos requisitos para cuajar en realidad. Uno de ellos, acaso el más importante, es el éxito de los primeros libros lanzados. En este caso, ese requisito se cumple con exceso. El libro de Jenaro Prieto está destinado a tener una venta copiosísima. Si sale al extranjero, como es propósito de los editores, ganará para el aplauso internacional un nuevo nombre chileno.

¿Por qué? Sencillamente porque *El socio* es una gran novela. Humorística, como todas las páginas de su autor. Su feliz espíritu de ironista lo hace trazar siempre cuadros festivos. Se esconde en su ironía más de un sarcasmo—y sarcasmo quiere decir dolor—, pero la risa brota siempre antes que nada. Mas *El socio* no es sólo un buen libro humorístico, aunque con esto ya tendría ganada buena parte de la fama que comienza a aureolarlo.

En primer lugar, es más novela, es decir está mejor construido que *Un muerto de mal criterio*. El novelista lo es ya en toda la extensión de la palabra. Compone bien. Mueve a sus personajes con soltura. Crea no sólo la ironía, que es concepto, sino el ser vivo. Y entonces lo distintivo del novelista grande, que es crear seres vivos, lo distingue a él también. *Un muerto de mal criterio* salía sólo a momentos de la esfera conceptual. Los seres eran sombras, apenas corporizadas, y no siempre encarnadas en cuerpos. Un viaje espectral a la región de los muertos quitaba realidad a las creaciones. El libro valía por los dones espirituales del novelista más que por el relieve de sus creaturas.

El socio presenta personajes ambientes, es decir, seres que nos tropiezan a cada momento en la calle, en el club, en el

* Número 3, correspondiente a Mayo de 1928.

tranvia. Uno es un corredor de comercio arruinado, el protagonista, Julián Pardo. Otro es el afortunado engatusador, Samuel Goldenberg. No hay antítesis más definida y clara. Es el primero un hombre en quien pesa más el espíritu que la materia. Ha publicado, en una remota juventud, algunos libros. Víctima de una *educación sentimental*, la vida del comercio lo ha atrapado. No ha nacido para engañar y tiene que engañar. Goldenberg, en cambio, ha nacido para engañar. Lanza sociedades por acciones; especula al alza y a la baja. Mueve mucho dinero en torno a sombras, a entes y ficciones. Inventa minas y yacimientos.

Pero no digamos que Julián Pardo no trabaja también con sombras. Al principio le repugnan, pero de pronto advierte que hay una entidad que se cuele en todos los negocios y cambia a su antojo el rumbo de ellos. Es el socio. Un ser fantástico, producto de muchas necesidades. Un ser que se emplea generalmente como defensa para negocios inseguros y a veces para encubrir propósitos lucrativos. Y Julián Pardo, para rechazar un negocio sucio, un *enjuague* que Goldenberg le propone, inventa su mito. Es un personaje indefinido al principio; poco a poco se corporiza. Crece y adquiere proporciones humanas cuando se le da un nombre. Se individualiza en seguida porque además de llamarse como cualquier inglés o norteamericano, Walter R. Davis, Julián Pardo tiene que explicar sus ausencias, sus viajes continuos, el rumbo especial de sus negocios. Y entonces lo vemos hacerse reconcentrado, hosco, huraño; trabajar de noche; viajar por Bolivia; beber whiskey, mucho whiskey; hacer su vida de sombra. Y este ser interviene en la vida de Julián Pardo con una precisión que su propio creador jamás soñó. Pardo especula por su cuenta y conmueve el mercado. Las acciones bajan o suben si el socio, es decir, si Julián Pardo a través de Davis, así lo quiere. Cuando Julián Pardo pasa por la calle, entra en la Bolsa, visita el club, los amigos lo saludan pensando en el otro, en el socio. Nadie le reconoce talento a este pobre Pardo, hombre gris y sin ningún

misterio. El que lo tiene—¡y en qué grado!—es su socio, Waller R. Davis.

Cuando Julián Pardo se decide a engañar a un notario para que autorice una escritura de Davis como poder general a su favor, la cosa ya no tiene vuelta. La novela entra entonces en un terreno singular. El lector sabe, lo mismo que Julián Pardo, que este ente no tiene realidad física. Pero los hechos, por una lógica inflexible, nacida del papel sellado suscrito en Valparaíso, se acomodan a la existencia de Davis. Son los capítulos más interesantes del libro. Su interés crece a medida que otros hechos se complican. Pardo, mediante la invención de su socio, se hace rico. Especula con éxito fantástico. Pero no está contento, en primer lugar porque es destino del hombre no estar contento y también porque siente celos de su creación. Él vive fisiológicamente: sobre eso no cabe duda. Pero su monigote, puro engendro de su imaginación, parece vivir más que él. Si los diarios hablan de Pardo es haciendo mención de su sociedad con Davis. Si un amigo lo presenta a otros, es siempre con referencia a Davis. En suma, el que produce la sombra viene a ser un pálido reflejo de su propia sombra.

En un diálogo final, entre Julián Pardo y su creación fantástica, vemos aclararse la arriesgada manera creadora del autor. No nos dice el novelista, pero todos sabemos que este Pardo ha perdido la cabeza. La de su locura es una descripción maravillosa. Nada de excesos, ni de sistematizaciones. Julián Pardo sigue actuando como cualquier hombre normal, pero sus alucinaciones y sus obstinaciones nos persuaden de su desequilibrio. Entonces se produce la entrevista. Conversan Pardo y Davis, y el segundo dice al primero que tiene más realidad, vida más duradera que su propio creador. Aduce ejemplos respetables y respetados. ¿No han vivido más, infinitamente más. Hamlet que Shakespeare, don Quijote que Cervantes? Pues bien, él, Walter R. Davis, debe también vivir más que Julián Pardo, su débil creador. Y entonces, en un raptó de desesperación, Pardo se mata después de atentar en vano contra la vida de su sombra.

En un libro de don Miguel de Unamuno que figura, con razón, entre los mejores de su fértil ingenio, vemos una escena semejante. En *Niebla*, en efecto, el personaje creado, la ficción novelesca, se enfrenta con su creador. Hay entre ambos un diálogo lleno de observaciones profundas. Y el creador pide a su criatura que se dé la muerte. Más ejecutivo, el Julián Pardo de nuestro compatriota dispara contra su sombra y, por cierto, no la mata. Las semejanzas entre las dos escenas no son mayores.

Si algún reproche pudiéramos oponer al libro de Jenaro Prieto es el singular aspecto de sus figuras novelescas. Son todas, más que individuos, muestras de tipos de hombres que no existen en la realidad, o poco menos, sino que se han formado por la concreción de cualidades dispersas en muchos individuos. Su especulador, Goldenberg, por ejemplo, es un personaje rectilíneo, aunque la palabra pueda parecer inapropiada hablando de un ser de quien el autor nos dice que tenía «la nariz agazapada como un zorro en el nidal de los mossetes». El propio Julián Pardo, con todas sus reconditeces espirituales—hay en él rasgos en que notamos el tono de la confesión autobiográfica—, es también más típico que individual. ¿Y qué decir de Bastías, de Alvear, del coronel Carranza? Todos ellos, más que hombres con quienes podamos tener amistad, son la concreción de rasgos dispersos en miles de personas. Están bien observados, no cabe duda. El autor conoce el ambiente en que mueve a sus personajes y tiene además pupila de novelista. Pero sus seres, acaso por el deseo de que los retratos no parezcan tales retratos, tienen un rostro, como en los cuadros cubistas, hecho de elementos dispersos y sin conexión fisiológica—digamos así—entre unos y otros.

Que no se vea en este reparo nada más que la comprobación de un hecho, no un reproche. *El Socio*—no nos haríamos de decirlo—es una gran novela, y su triunfo, su tan legítimo triunfo, es de las letras nacionales todas. En efecto, es el mejor augurio que se puede hacer a la nueva editorial que con esta obra inicia sus prósperas labores.

RAÚL SILVA CASTRO.